

donos en la misera cabaña del campesino que había descubierto el oso, en el fondo de la selva, donde hacía cinco meses se hallaba aletargado.

Después de celebrado un conciliábulo para concertar el plan de campaña, decidimos que, en lugar de dar una batida, iríamos á buscar al oso en su mismo antro.

El campesino, acompañado de otros tres, armados, como él, de bastones y hachas (el campesino de las selvas rusas no abandona jamás el hacha), nos guió derechamente al antro del animal, llegando á diez pasos sin que percibiéramos el menor rumor.

El oso había establecido su cuartel de invierno junto á un colosal abeto que yacía en el suelo, que mostraba las raíces al aire y las ramas cubiertas por una montaña de nieve, en cuyo fondo, y como un verdadero sibirita, el oso se había abierto un grande agujero.

Los honores del primer disparo correspondían, esta vez, á mi cuñado, que hacía sus primeras armas en la caza del oso.

Lury se colocó á unos tres pasos del antro del animal, y yo, á dos pasos detrás de él. Nuestros corazones latían, pero dispuestas las armas y nosotros á la lucha.

Los campesinos se habían colocado al otro lado del árbol, lanzando grandes gritos, pero sin resultado; así es que, durante algunos momentos, temimos que el oso hubiera abandonado ya aquellos sitios. Nada, sin embargo, corroboraba semejante presunción, pues no se notaba la menor huella alrededor de la guarida, y, por doquier, la nieve extendía su manto immaculado.

Entonces, nuestros hombres, armados de largas y gruesas ramas, comenzaron á dar golpes á la entrada de la guarida, prodigando al oso toda suerte de epítetos, en su lenguaje, á la vez vigoroso y pintoresco.

Tan bien llevaron su tarea los campesinos, que breves instantes después se oyeron sordos y terribles gruñidos, y no dudamos que iba á comenzar el drama.

En efecto: de repente apareció una enorme cabeza entre las ramas del árbol, sacudiendo la nieve.

Lury disparó, y el oso, tocado en el pecho, en lugar de lanzarse sobre de su enemigo, salió de la guarida, penetrando en una especie de capa de nieve de más de 1 metro 50 de espesor, y que, á pesar de la baja temperatura, cedió al impulso de la fiera.

Una segunda bala de Lury, que se alojó en la columna vertebral, dejó sin vida al oso.

Los campesinos dieron la voz de alarma, anunciando que había quedado un segundo oso en la guarida.

Nos preparamos, pues; pero, no viendo nada, uno de los campesinos, que había creído oír los gruñidos de un oso, penetró con increíble audacia en la guarida.

—Son oseznos,—gritó desde el fondo del agujero. Y puso á nuestros piés, uno tras otro, tres osos pequeños, del tamaño de grandes gatos.

Serían entonces las diez de la mañana, y, por lo mismo, el debut del día no podía ser más brillante.

Hace mucho tiempo que cazo osos, y, sin embargo, nunca había tenido tan propicia fortuna. Dos osos en dos días, y sin que el menor incidente hubiese turbado nuestra expedición, era realmente ser afortunado. Así es que decidimos seguir adelante; y, subiendo á los trineos, nos dirigimos á Cherchino, situado á 20 *verstes*, sitio donde nos habían anunciado otro oso, el más grande, según nos afirmaban, y uno de los más soberbios que se hubieran visto desde hacía algunos años.

Apenas llegados á Cherchino, resolvimos empezar el ataque del oso. Nuestro guía, el valeroso Micha, reunió precipitadamente algunos robustos mancebos.

Llegados al sitio, echamos suertes acerca de los puestos que debíamos ocupar, y tocó á mi cuñado el 1 y á mí el 2.

Pronto los clamores y estrépito de los campesinos resonaron bajo las nevadas bóvedas de las selvas; pero al cabo de un instante todo enmudeció.

Extraño silencio que sólo nos explicamos cuando al cabo de un instante llegó uno de los ojeadores y nos anunció que el oso había abandonado la guarida. Un instante después, el mismo Micha confirmó tan desagradable nueva.

Los hombres que había escogido, en lugar de dirigirse á sus puestos con el mayor silencio, habían torpemente hecho ruido al cortar ramas de los árboles y sacudido su corteza; y el oso, avisado por tan inoportuno estrépito, había tomado las de Villadiego.

Pero, sin perder un momento, uno de los campesinos había ido siguiendo las huellas del animal.

Lo más acertado, pues, era que regresásemos á la aldea, esperando noticias acerca del paradero del oso. Así lo hicimos. Por otra parte llevábamos tres días de caza; y, abrumados por la fatiga, sentíamos gran necesidad de reposo.

La misma noche el campesino regresó, y nos anunció que el oso, después de haber seguido ligeramente, merced á la nieve, durante 6 *verstes* (kilómetros), un camino por donde pasan las carretas que atraviesan la selva, se había metido en un vasto espacio lleno de abetos, y allí probablemente le hallaríamos el día siguiente.

Apenas comenzó á teñirse el pardusco y triste cielo con algunas rosadas y tenues tintas, indicando la apari-

ción del alba, montamos sobre nuestros trineos, seguidos de los campesinos.

Llegados á la entrada del bosque de abetos, mi cuñado y yo nos colocamos cada uno en su sitio, y nuestros hombres penetraron en la espesura, lanzando los clamores de reglamento. Esta vez también fueron vanos, y nuestros ojeadores no hallaron al oso. Sólo las huellas indicaban su paso y que era un animal de gran tamaño.

El ojeador siguió de nuevo la pista del oso, y hasta tres horas después no reapareció anunciando que el animal se hallaba tendido y dormitando á unos siete *verstes* más lejos.

El campesino había divisado al oso.

—Es un gran oso, todo negro, y es el primero con tal pelaje que he visto en mi vida.

Noticia fué ésta que no hizo más que avivar nuestro ardor. Siete kilómetros no son, por otro lado, gran distancia para un cazador; y, como aun faltaban tres horas para anochecer, nos pusimos en camino sin pérdida de tiempo, y á las cuatro habíamos ya llegado.

La mofa que anteriormente había hecho el oso de los ojeadores había trocado á éstos en prudentes y avisados; así es que, esta vez, cuando se estableció el cerco, estábamos seguros de que el oso no había escapado.

Cuando, al fin, los ojeadores se pusieron todos en marcha, lanzaron grandes gritos, y esta vez no en balde, pues el oso se dirigía hacia ellos.

Difícil es pintar aquella escena; por doquier se oían imprecaciones salvajes, gritos furiosos, que acogían al oso. Es necesario haberlo visto y oído para formarse una idea de semejante espectáculo.

Todo cazador comprende fácilmente la emoción que

se experimenta en aquellos instantes. En la caza del oso es donde yo he sentido esta emoción terrible que de repente oprime el ánimo y paraliza la respiración; emoción extraña, dolorosa y grata á la vez, que no



Caza del oso de los Pirineos

puedo definir, y que es de tal suerte que no sé, en verdad, si constituye un sufrimiento ó un placer.

Á cada instante esperábamos ver al animal. Los gritos de los ojeadores redoblaron.

—¡Es enorme!—exclamaban;—¡es bello! ¡es negro! ¡negro!

Y las injurias y voces comenzaban de nuevo.

Media hora hacía que duraba este infernal concierto, sin que el oso se decidiera á abandonar la espesura; diez veces oímos el ruido de sus pasos; las ramas se rompían á su peso y poderoso aliento; diez veces retrocedió.

El día iba á su ocaso, y los campesinos empezaban á perder la paciencia. Así es que, habiéndose mostrado de nuevo, se precipitaron en su dirección, aullando como condenados, sacudiendo los árboles con sus hachas y bastones, con la esperanza de hacerle huir hacia nuestro lado.

También este ardor fué causa de un nuevo fracaso, porque, rota la línea de los ojeadores, el oso aprovechó el espacio libre, y escapó otra vez.

Pesada jornada. De nuevo el campesino volvió á seguir las huellas del animal, mientras nosotros regresábamos tristemente á Cherino. Para formarse una idea del vigor que el ojeador necesitaba para seguir semejantes pesquisas, basta decir que hasta el día siguiente á las seis de la tarde, ó sea veintiséis horas después, no regresó llevando noticias del paradero del oso.

Las gratas nuevas que nos llevaba Micha eran que el oso se hallaba á unos 28 kilómetros de Cherchino, lejos de poblado y en el corazón de la selva.

Era, pues, imposible llegar hasta allí en trineo, y era forzoso hacer el camino á pie.

Emprendimos el camino el día siguiente al apuntar el día. Pero ¡qué camino! Á través de un verde bosque virgen, sepultado entre la nieve; obligados á abrirnos paso en medio de árboles caídos y tronchados, eran las dos cuando llegamos al sitio en que el oso había buscado refugio.

Esta vez yo mismo dirigí el cerco, y estaba seguro de que la alimaña no había huído.

Volví á mi puesto, deslizándome sobre el hielo, montado sobre los patines; y mi cuñado se colocó en el suyo, á mi izquierda, á un centenar de metros.

Los clamores de los ojeadores nos indicaron que la batida había comenzado. Pronto oímos los gritos repetidos de «¡Hélo aquí! ¡hélo aquí!» Y las vociferaciones y las imprecaciones é insultos habituales acompañaron al oso en su fuga.

Aquel animal había causado grandes pérdidas á los pobres moradores de las aldeas vecinas, y más de uno de los ojeadores había visto destruidas ó arrebatadas algunas cabezas de ganado.

Es un error creer que el oso en Rusia se alimenta exclusivamente de frutos, raíces y miel, pues es también excelente carnívoro cuando tiene ocasión propicia. Los campesinos no lo ignoran, y la vecindad de un

oso de aquel tamaño les acarrea grandes perjuicios.

La batida continuaba. Tenía frente á mí un bosquecillo frondosísimo de abetos, hasta el punto de que era imposible distinguir nada á unos quince pasos. En medio de la espesura existía un pequeño claro de unos diez metros.

Allí estaba, con el dedo apoyado en el gatillo, cuando vi, á poca distancia, que la nieve caía á impulsos de un terrible animal que se dirigía oblicuamente hacia mí.

En aquel instante, me pareció como si el corazón cesara de latir, y no recobré la sangre fría hasta que vi más distintamente una masa negra, que avanzaba hundiendo sus velludas y vigorosas patas en la nieve. Era el oso.

Distaba unos veinticinco pasos, pero sólo distinguí sus extremidades, y disparar en aquel instante era har- to comprometido.

En fin, después de titubear durante algunos momentos, el oso se decidió á franquear el claro.

Entonces disparé, y, al recibir la bala el animal, pareció como que se tambaleaba; hice fuego de nuevo, pero el oso no se detuvo, y se dirigió gimoteando hacia el sitio que ocupaba mi hermano político; y al llegar á cien metros del mismo cayó envuelto por la nieve.

Lury no había perdido el tiempo; y, así que comprendió que el animal, herido, se dirigía hacia su lado, se había atado de nuevo los patines, y se dirigió hacia el oso, que halló tendido, baja la cabeza, y no pudiendo ya moverse. Sólo tuvo que darle el golpe de gracia.

Mi primera bala había herido al animal encima de la espalda, atravesando todo el cuerpo, rompiendo los dos omoplatos, y quedando en los músculos sin estropear la piel; la segunda había penetrado en el flanco, saliendo por el otro lado.

Grande fué nuestro alborozo al ver tendido á los pies al soberbio animal que tantas fatigas nos había causado cazar. Medía 2 metros 50 desde la punta de la nariz á la extremidad del cuerpo, 1 metro 50 la espalda, y su peso 600 libras. Su piel era negra, magnífica; su cabeza monstruosa y sus uñas enormes.

Un oso que alcance tal peso es raro, y sólo se cita como una gran rareza uno muerto hace unos veinte años en el gobierno de Twér, que tenía unas 700 á 800 libras de peso.

Aquella misma tarde partimos para Moscou, de donde distábamos unos 40 kilómetros. Dejamos el animal á Micha, ordenándole lo sepultase en hielo durante 48 horas y lo enviara á mi casa; y subimos al trineo.

Nuestras instrucciones fueron puntualmente seguidas, y el oso llegó perfectamente.»

IV

Nuestros lectores deben esperar con curiosidad la narración de cazas de osos en los Pirineos.

Un maestro, distinguido en el arte venatorio, el señor marqués G. D. Cherville, en su libro que ha dado recientemente á la estampa, titulado: *Los cuadrúpedos de la caza*, su descripción, costumbres, aclimatación y caza; habla con tono irónico y sarcástico de las cacerías de osos en los Pirineos.

«Acontece algunas veces,—dice,—que algunos *touristes*, seducidos por las promesas de los guías, se dirigen á cazar el oso en los pintorescos valles de los Pirineos. Pero debe acontecer en este género de *sport* lo que sucede en el reino de los cielos, que son muchos los llamados y pocos los elegidos. En todas estas expediciones que nos han sido referidas, hemos visto siempre, en el momento psicológico, surgir un diablado accidente que ha permitido, al animal perseguido, el escapar del halali.

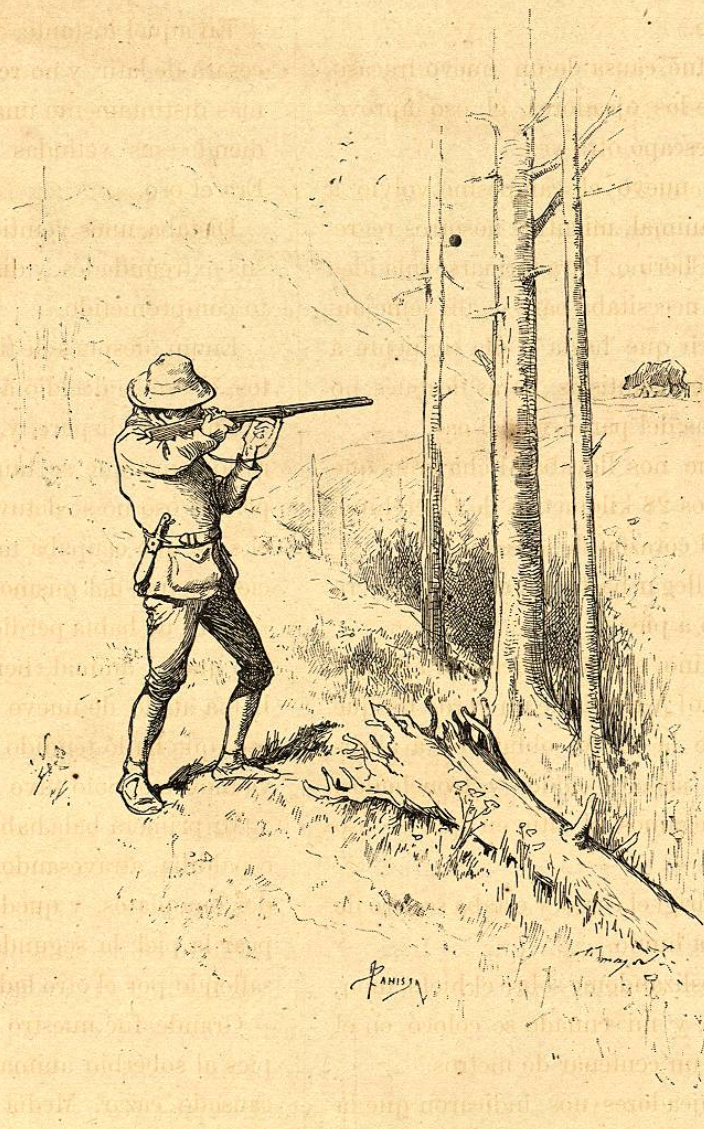
Uno sólo de estos narradores, un joven mancebo, declaró haber visto la alimaña; pero, por desgracia, se hallaba en un sendero estrechísimo, teniendo á su derecha una muralla de granito, y á la izquierda un precipicio horrible, en el cual murmuraba el *gave*. Con una sola mirada el cazador comprendió que era un teatro demasiado estrecho para realizar sus proezas.

Desde Gastón de Foix, en Francia; desde Alfonso XI, en España,—añade Cherville,—los osos han perdido el privilegio, que conservan aún en Rusia, de pasar de la vida á la muerte por el intermediario de una mano real ó de algún príncipe, lo que quizá consuele á la víctima de tan desastroso fin.

No se traban aquellas luchas épicas que representan los antiguos grabados, en que el robusto plantígrado, ha-

ciendo frente á una jauría de perros, aplastando á uno con su pata, ahogando á otro entre sus robustos brazos, y rodeado de muertos y heridos, se lanzaba sobre el chuzo ensangrentado con que le hería el legendario venador. El hombre, fatigado de las llanuras, ha invadido las misteriosas soledades, cuyos antros y profundas gargantas preservaban á los osos de la destrucción.

Si existieran sólo los peligros de la caza, aun existirían siempre valerosos adalides, ávidos de emociones, que acudirían á luchar con el oso de las selvas; pero su persecución es tan laboriosa, su hallazgo es tan raro, que semejante empresa venatoria se halla realizada únicamente por cazadores



Cazador de osos

de gamos, leñadores y montañeses.»

Razón tiene el marqués de Cherville en afirmar que escasean los osos en los Pirineos, después que sucesivas roturaciones, y el avance de las oleadas civilizadas, han arrojado millares de alimañas de sus antros, y hecho cruda guerra á los osos.

Pero si el cazador, lleno de ilusiones, que se dirige á los Pirineos para cazar osos, suele verlas trocadas en desengaños, no significa esto que en las gargantas, selvas y abismos de las cordilleras que separan á España